



BARCELONA, 12 SEPTIEMBRE 1909

25 CÉNTS.

Ayuntamiento de Madrid



LA SEMANA

Continúa sin novedad la matanza de mujeres en toda España, pero especialmente en Madrid. Ya sabrán nuestros lectores que el otro día, un solo hombre mató á dos hembras, si bien es verdad que luego se suicidó, y que apenas había acabado de suceder esto, otro quidam mató á su compañera, volviendo, igualmente la oración... por activa.

No hay que esforzarse mucho para reconocer que esta *costumbre* va haciéndose ya algo pesada y revela una descomposición social alarmentísima. Esto no pasa en ningún país civilizado, y en todo caso solo tiene ejemplo en la China, si bien allí no se espera á que las mujeres sean creciditas, sino que se las *suprime* en el mismo momento de nacer.

Ya casi se va haciendo necesario que se reforme el Código Penal, señalando como agravante la comisión de un homicidio en persona del sexo femenino.

Ello es que esos feminicidas van poniendo en buen lugar la tradicional fama de hidalga, caballero-sa, etc., etc., de que gozaba España.

Tal vez tenga, no obstante, una utilidad, aunque indirecta y cien mil veces maldita, esa propensión á matar mujeres, y es que resulta de ello una prueba más en favor de la aseveración de D. Joaquín Costa tocante al origen bereber de la población peninsular.

Considerando que esos asesinos son bereberes, resulta explicado todo, por más que aun así queden muy por debajo del nivel de los rifeños, que serán todo lo bárbaros que se quiera, que obligan á trabajar á las mujeres como bestias de carga, pero que no las matan. O á lo menos no con la frecuencia que aquí.

Contrasta con esa brutalidad la *suavización* de las antiguas asperezas entre los partidos políticos, según ha podido comprobarse en el reciente viaje de D. Alfonso XIII á Estella, la Meca del carlismo, y á Logroño, uno de los baluartes del republicanismo. Ambas ciudades se han conducido con una corrección exquisita, que podría servir de modelo á otras naciones.

Este viaje, hecho bajo un ministerio conservador, resulta infinitamente más satisfactorio que el del año pasado, mandando los liberales, puesto que en ninguna parte ha habido que lamentar ningún disgusto, como los que á cada dos por tres ocasionaba la gente palaciega. El hecho es raro, pero hay que rendirse á la evidencia.

Con ocasión de la publicación de dos novelas, una de D. Emilio Bobadilla y otra de D. W. Retana ha hecho observar un crítico la profunda transformación que se ha realizado en el arte de decir las cosas, no retrocediendo ahora muchos autores ante las mayores crudezas del estilo. La observación es justa, y á buen seguro que si se levantarán de sus tumbas los novelistas del tiempo de la Unión Liberal, y aun de la última década del pasado siglo, se horrorizarían al leer ciertas cosas. Justo es hacer constar, sin embargo, que los que se lanzan á tales atrevimientos saben mantenerse dentro de los límites del arte, y demuestran poseer un gran talento para hacer *pasar* lo que años atrás se hubiera juzgado imposible de decir.

El peligro está en que si esto pueden hacerlo los maestros no está al alcance de los aprendices ú oficiales; con lo cual es posible que caiga el descrédito sobre la novela, confundiendo á todos bajo un mismo anatema.

También en otro ramo de la literatura se nota afición á decir las cosas sin valerse de erfemismos ni perifrasis. Nos referimos á cierta parte de la prensa, y especialmente á la republicana. No parece sino que reviven *El Padre Duchesne* y *El Amigo del Pueblo*. Afortunadamente no funciona la guillotina, pero *moralmente* se guillotinan unos á otros como no se hiciera otra cosa bajo el Terror. Salmerón parece una especie de Roland; Blasco Ibáñez, Danton; Rodrigo Soriano, Desmoulins; Nskens, Marat; Pi y Arsuaga, Vergniaud; Urales, Anacarsis Clootz, *et sic de ceteris*. Resabios de los atracones de Michelet, Blanc, Lamartine y demás autores que escribieron de aquellas cosas.

El espectáculo es curioso, ciertamente, pero no muy edificante.

ARGOS

TOLEDO

Con ocasión del anunciado viaje de D. Alfonso XIII á la imperial ciudad, se ha hablado mucho de la particularidad de que hará su entrada en ella, según costumbre tratándose de personas reales, por la famosa puerta de Visagra, la cual, á dicho objeto, quedará franca, derribándose el fuerte paredon que la cierra y volviendo luego á quedar tapiada, hasta que vuelva un nuevo rey á hacer su entrada solemne.

Esto demuestra la importancia que se concede á la Puerta de Visagra, y en efecto, no es exagerada su fama.

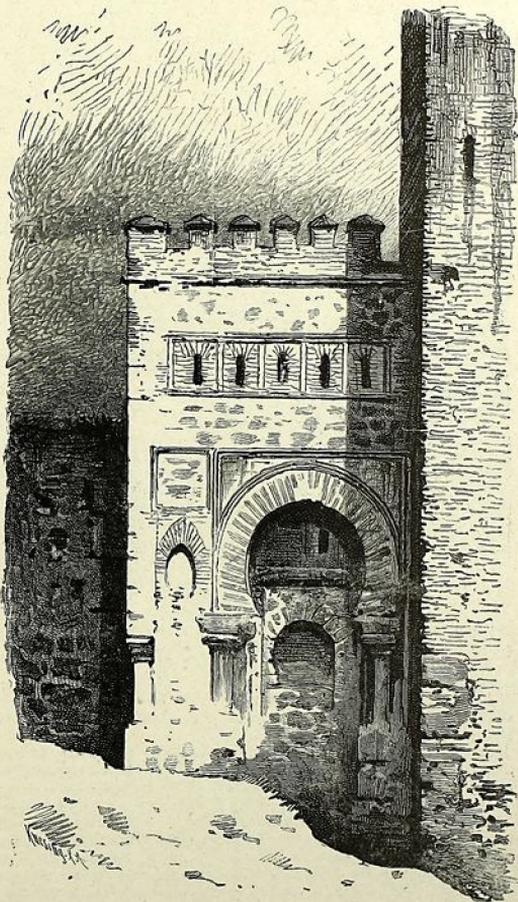
Remóntase parte de ella, donde los arqueólogos quieren ver el principio de la *Via Sacra* al tiempo del rey Wamba, que se supone fué quien levantó las fuertes murallas de Toledo, al emplazar los godos el solar de su capital en lo alto de la colina, abandonando la ciudad romana, emplazada en las orillas del río.

En esa puerta de Visagra se ve que las murallas presentan una doble línea de circunvalación: la del interior, construida por Wamba, va desde el puente de Alcántara hasta la puerta de Doce Cantos, por detrás del Carmen Calzado, y luego por las puertas de Santa Cruz y de Cambro hasta el puente de San Martín.

La línea exterior, construída por Alfonso VI en 1109, principia igualmente en el puente de Alcántara, y va á reunirse con la muralla antigua cerca de la Casa del Nuncio.

No puede por lo tanto ser mayor el interés histórico de la puerta de Visagra, testigo de la dominación de los visigodos y árabes.

No es, sin embargo, esa puerta la única que permanece tapiada, y solo se abre para dar paso á los reyes. En el derruido monasterio hay la puerta llamada *Dorada*, que se hallaba en iguales condiciones durante los siglos que precedieron á su destrucción. La ceremonia debe reconocer probablemente algún remoto origen, como símbolo de soberanía. Sabido es que lo mismo se practica en el Vaticano cuando se celebra el *Año Santo*.

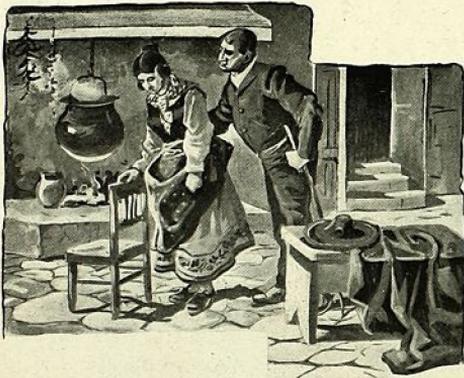


LA PUERTA VISAGRA

LA VENGANZA

El Sr. Ramón, alcalde mayor de un pequeño pueblo de la sierra, poseía, además de la vara, que nadie podía arrebatarle, una bonita hacienda merced á la cual figuraba entre los mayores contribuyentes de aquel término.

Apenas si sabía mal leer y pintar su nombre; carecía de la educación necesaria para el trato de gentes; era altivo, orgulloso, despótico; jamás atendía razones, ni se daba á partido, y aunque sus contrarios eran muchos y muchas las malas voluntades que le rodeaban, había logrado imponerse á todo y á todos, y heroicamente luchaba á diario con desesperado arrojo, para seguir dominando sin Rey ni Roque y á su deseo y capricho en aquel pueblo, como si cosa suya fuese, como señor y dueño, aunque sus mandatos no fueran lo mas prudente, equitativo y justo para los vecinos y para la villa toda.



Entre las malas cualidades de aquel hombre, descollaba y sobresalía una desmedida afición á las faldas, cuando movíase airosamente al compás de un cuerpo garrido y bien formado, y respondían á un buen palmito, mercedor de fijar la atención de todo un alcalde invencible, tan rico y arrogante como antojadizo y voluntarioso.

Llevado de esta vituperable afición, y abusando de su poderío y de su fuerza, convirtió el señor Ramón al pueblo en feudo suyo, sin respeto ni aun al propio decoro, y aunque muchas veces estuvo bien cerca de acarrearle serios disgustos los pudo evitar gracias á su autoridad, que no solía, moralmente, quedar muy bien parada.

Su mala estrella llevóle un día á fijar los ojos en una joven que se le presentó en un momento de su vida á fijar los ojos en una joven de su linaje.

Sirvienta de su propia casa; y enamorado de su hermosura graciosa, de sus finos modales, y de su rostro de virgen, pensó hacerla suya, y á conseguir su deseo encaminó su autoridad malaventurada.

El triunfo parecía fácil é inmediato, porque la víctima elegida, la pobre Rosa, huérfana y sola, carecía de todo apoyo, de toda defensa.

Pero no fué así. Rosa contaba con un apoyo formidable y resistente, y una defensa segura é irresistible: el amor que sentía por Bautista, joven labrador, tan bueno como amante, tan honrado como laborioso, tan valiente como digno.

Apoyada en ese amor entrañable, defendida por esa pasión inmensa que dominaba su espíritu y avasallaba su corazón, resistió la enamorada doncella las infucas pretensiones de su señor y dueño con salvaje entereza, con indomable furia, con invencible arrojo.

Cuantas veces volvió al ataque el Sr. Ramón, tantas otras halló la misma resistencia. Ruegos, mandatos, promesas, halagos, imposiciones, amenazas, todo obtuvo siempre igual respuesta, estrellándose contra la negativa más absoluta. Ni por la buena, ni por la mala era posible vencer aquella resistencia tan inesperada, como formidable y ruda.

Esto mismo acrecentó más y más los deseos de aquel hombre acostumbrado á que su voluntad fuera ley, desde que la vara de la justicia temblaba presa en su mano de hierro, y no podía consentir ni conformarse en que en el pueblo hubiese una mujer que pudiera resistir su autoridad y sus designios, ante los cuales se inclinaba todo hombre, y enmudecía todo ser viviente.

Traslució el pueblo lo que pasaba en casa del alcalde, y los enemigos de éste, corrieron á comunicarle la triste nueva á Bautista, pensando explotar en beneficio propio, la desesperación y los celos del enamorado joven.

Pocas horas después, en la misma plaza, frente á la propia morada del señor del pueblo, á la faz de todo el mundo, Bautista abordó á Rosa, cuando ésta volvía de la fuente con su cántaro al lado.

—¿Es cierto lo que dicen?—exclamó el joven al hallarse junto á su novia.

—Cierto,—respondió ésta suspirando.

—¿Y tú...?

—Yo, te quiero con toda mi alma, y solo ambiciono ser tuya;—contestó noble y sencillamente Rosa, alzando sus negros ojos para fijarlos en el joven, tristes y llorosos.

—¿Estás dispuesta á probarlo?

—Siempre.

—Pues es preciso huir de este pueblo á donde no alcance el poder de ese hombre.

—¡Huir!—murmuró la joven, entre miedosa y triste, secando con la punta derecha de su delantal, las lágrimas que surcaban, abrasadoras, por sus mejillas.—¿Y mi honra?—añadió con voz firme y segura.

—¿Acaso no corre mayor peligro, viviendo cerca de ese hombre?—objetó Bautista con la misma seguridad y firmeza.

—¡Tienes razón!

—¿Aceptas, pues?

—Acepto.

—¿Esta noche?

—Sí. A las once: por la puerta falsa.

—Confío en tu palabra.

—Y yo en tu amor, que es mi vida.

—Por la mía te juro, yo amarte siempre, y defenderte contra todo y contra todos.

Separáronse los novios, y solo entonces vieron uno y otro que el Sr. Ramón, de pie, junto á la puerta de su casa, contemplábalos con mirada terrible y actitud amenazadora.

Ella estremeciose hasta lo más hondo de su corazón al verse sorprendida, y entró en la casa sin atreverse á levantar la vista ante aquel hombre aborrecido; mientras él contempló frente á frente su odiado rival, y envolviéndole en una mirada de soberano desprecio, de mudo desafío, se alejó lentamente.

Aquello fué una revelación para el alcalde.

—Se quieren,—murmuró con reconcentrado acento.—Pero, ¡ay! de ellos si se atreven á luchar conmigo. Y aquellos ojos brillaron con fulgor siniestro; y aquella boca se contrajo con mueca horrible, con infernal sonrisa...

Llegó la noche, y el pueblo quedó sumido en la oscuridad y en el silencio.

Sonaron las once en el reloj de la iglesia, y poco después abriáse sigilosamente la puerta del corral de la casa del alcalde.

—¿Estás ahí?—preguntó Rosa, con tembloroso acento.

—Aquí estoy;—contestó Bautista presentándose con su escopeta al brazo.

—Y yo tambien;—interrumpió con rabia el alcalde, apareciendo súbito, y apoderándose de Rosa, cuyo cuerpo arrastraba en pos de sí con irresistible empuje.

—¡Ah: ladrón!—gritó Bautista, sorprendido, y rápido, como el pensamiento, disparó su escopeta sobre el grupo.

Un ¡ay! de muerte, lanzado por Rosa, retumbó entre aquellas paredes, como eco fatídico, yendo á perderse en la inmensidad del espacio.

—¡La has muerto!—exclamó el alcalde al ver rodar el cuerpo de Rosa, y de un salto ganó la casa.

—Huye,—rugió Bautista con terrible acento:—pero no escaparás á mi venganza. ¡Acerdate!

Después se oyó un beso fuerte, apasionado y una sombra salió del corral, rápida y silenciosa, ganó la calle y desapareció entre las nieblas, como llevada por el viento.

La justicia condenó á Bautista como matador de Rosa, y el alcalde se consagró por entero á la persecución del pobre joven, que, fiel á su juramento, y pensando solo en su venganza, vagaba por aquel término, dando vueltas alrededor de la villa donde descansaba el objeto de su amor, donde vivía el causante de su infortunio.



Las pesquisas del alcalde resultaron infructuosas. Bautista escapó siempre á la persecución de que era objeto; y en más de una ocasión, acorralado en el bosque ó en la sierra, tuvo que salvar su libertad y su vida, sembrando la muerte y el espanto entre los infelices asalariados por su terrible enemigo.

Pasó el tiempo, y llegó el día de la fiesta del pueblo, congregando á los vecinos en la adornada iglesia.

Terminados los oficios, salió la gente llenando casi la plaza, y detrás de todos el Ayuntamiento, presidido por el Sr. Ramón, que sonreía alegre empujando la lustrosa vara.

Súbito, surgió de entre la multitud un hombre envuelto en ancha manta de rojos tonos. Llegó en medio de todos, y echando atrás el embozo, amartilló su trabuco, exclamando con voz tranquila y serena:

—¡Caballeros; todos á un lado!

La orden de Bautista, pues él era, fué ejecutada instantáneamente. Sólo el alcalde quedó clavado en su sitio como una estatua.

—Sr. Ramón;—añadió el joven al verlo sólo:—¡llegó la hora de la venganza!

Una terrible detonación siguió á estas palabras, y el señor alcalde cayó, sin pronunciar un ¡ay! junto á la misma puerta del templo.

Bautista tornó á envolverse en su manta, y con paso seguro y tranquilo, se alejó de la plaza y abandonó el pueblo sin que la atónita muchedumbre se atreviera á impedirle el paso.



PEDRO BONET ALCANTARILLA

(Dibujos de Rojas)



EPIGRAMAS

Al liquidar Gomez hijo el almacén de papel, mandó fijar un cartel que mostraba «Procelo fijo.»

Poniendo ese cartel necio al comprador en un potro, mientras exista allí otro que dice «A mitad de precio.»

Hablando en cierta visita de un oído artificial. —Usted no se halla muy mal, usted no le necesita, —le dijeron por cumplido, á un viejo; pero yo sé que aquel lo que quiere es que le *regalen el oído.*

Mi corredor se ha marchado porque libre quiere ser; por ser viajante ha gastado cuanto me pidió prestado y que no volveré á ver. Antes, de mi nunca huía y hoy lo contrario frecuente:

pero cuando antes corría, corría por que quería, ahora corre... *por cuenta.*

A un parroquiano, escritor, un oficial preparaba para afeitar, y ensalzaba sus condiciones de autor.

El maestro muy guasón dijo entouces: —Ya se vé, antes de afeitarte á usted está *dándole jabón.*

Cierto señor despidió escamado, á una sirvienta, y al otro día, inocente, á otra peor recibió.

Esta es tan descarada que del señor se ha burlado, y el pobre se ha contentado con decirle: —*¡Mal criada!*

A mi novia he consultado por carta una cosa; quiero fugarme con ella; pero

hace un mes, no ha contestado.

Su silencio no se explica... ¿Estará ya de mí harta...? ¿Se habrá perdido la carta...? ¿Se habrá perdido la chica...?

Al goloso D. Alfredo le ví en la confitería una maflana, y tenía una yema en cada dedo.

«Taleón» firma un truhán llamado Pantaloon, porque como es muy hambón goza comiéndose «Pan.»

A Clara llevó Gaspar al teatro cierto día; por el calor que allí hacía ella quiso refrescar.

Y un tuerto le dijo á Clara: —Yo también tengo calor, mas no veo al agudador *por un ojo de la cara.*

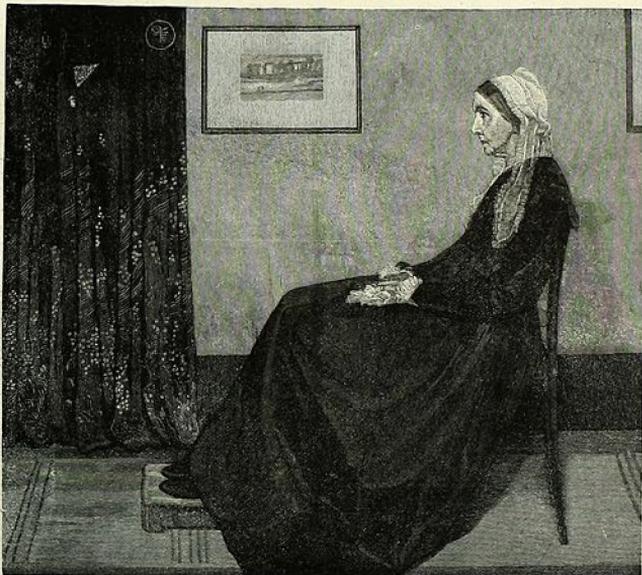
JOSÉ M.^o SOLÍS Y MONTORO

JAIMÉ ABBOT MAC-NEIL WHISTLER

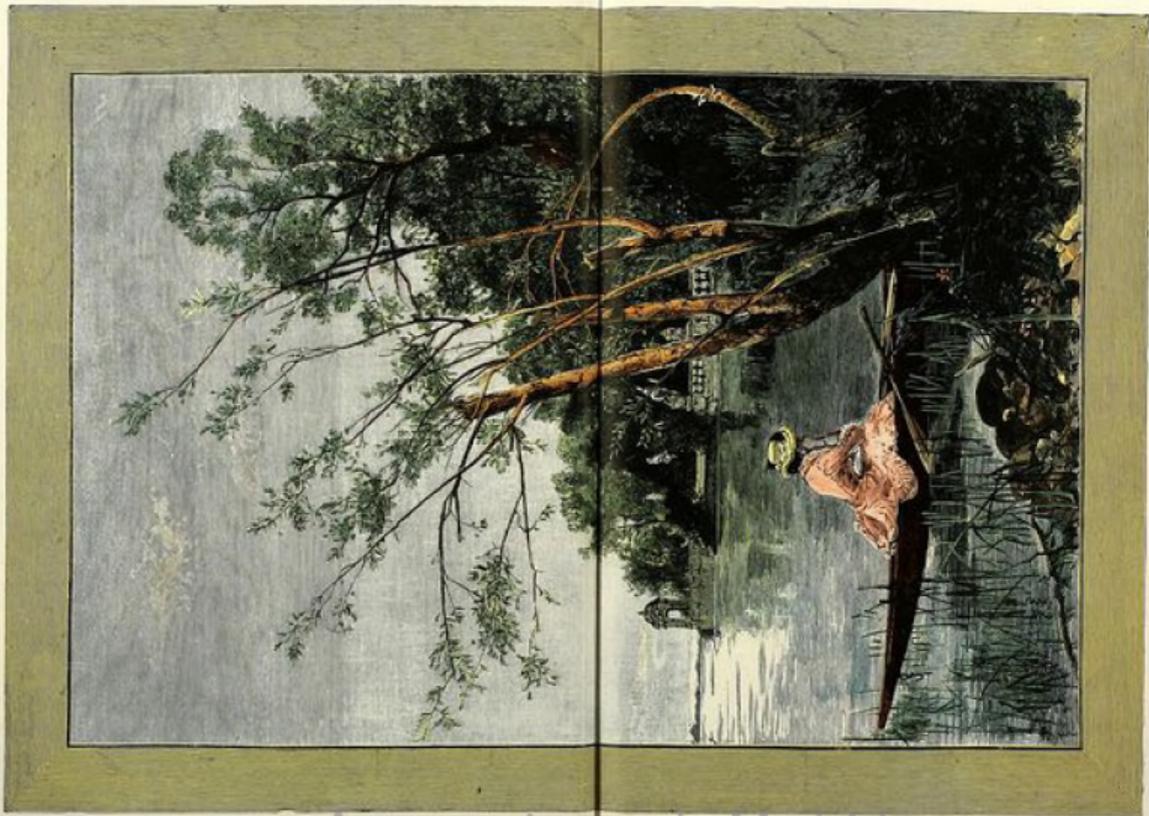
El arte acaba de perder á uno de sus hombres más insignes: el pintor Whistler, nacido en Baltimore el año 1834, y fallecido en Chelsea (Londres) en julio último.

El *Retrato* de su madre, que figura hoy en el Museo del Luxemburgo, antes de ir al Louvre, y que reproducimos en estas páginas, se estima como una de las más notables producciones pictóricas de nuestros días. De *Combinación en negro y oro*, lo calificó su autor. Y, en efecto, sumida en esa tonalidad austera, matizada por una atmósfera que suavemente amarillea, aparece, sentada de perfil, la grave y atractiva figura de aquella anciana. Tiene las manos apoyadas en los muslos; los pies descansando en sencillo taburete. A solas consigo misma, mirando fijamente en un punto del espacio, parece sorprendida por el artista, su hijo, en uno de esos momentos en los cuales, á través del aspecto sereno de las conciencias tranquilas, se adivina que en el modelo reviven los recuerdos del tiempo viejo.—Negro el vestido, negra la cortina salpicada de florecillas blancas, negros los zapatos, negros los marcos de los cuadros que penden del muro, negra la franja que á guisa de zócalo luce en ese,—que, en el resto, es de parduzco color algo rosáceo,—se refleja en todo el cuadro no sé qué solemne gravedad que no es parte á atenuar el blanco de la cofia de colgantes bridas, ni el de los puños que medio ocultan las aristocráticas manos, ni el del pañuelo de encaje que sujeta entre los dedos. Y entre aquel maridaje exquisito de tintas neutras, hábilmente ponderadas, entre aquella conjunción de tonos pardos, una nota rosada colorea la mejilla, como signo de vida de la anciana señora abstraída en sus pensamientos. El artista refinado se echa de ver, además, en la sobriedad de las líneas, en el equilibrio de las masas oscuras, en la habilidad como responden unos á otros los blancos, que nunca disenan,—en las finezas de aquel colorido apagado y en la sencillez con que la figura y los accesorios aparecen resueltos.

Es un retrato ejemplar que se enseñará á nuestros nietos con el mismo orgullo como nosotros enseñamos los de Domenico Theotocopuli ó los de Velázquez.

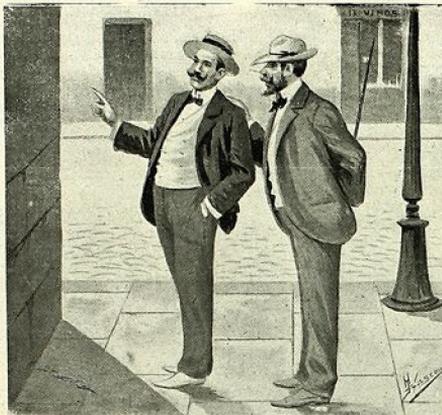


RETRATO, por Jaime Abbot Mac-Neil Whistler



SEPTIEMBRE, cuadro de W. Gausse

Ayuntamiento de Madrid



LA DERROTA DEL IDEAL

Iba yo días pasados por la calle, cuando me encontré con mi amigo Juan Bautista Reental. Un poeta que aun vive galvanizado por el romanticismo.

—No me hables,—me dijo casi llorando.—Hoy he sufrido

de una desilusión enorme. Estoy muerto.. El ideal se acaba.. Todo es prosa...

—Todo prosa. Prosa vulgar y rastrera. ¡Hasta las mujeres!

Los ojos se le saltaban de las órbitas. Temblábanle los labios. Al andar tropezaba, como si de pronto se hubiera quedado sin vista. Estaba lívido. Respiraba con dificultad. Sus nervios experimentaban una tensión grandísima. Díjérase que se había vuelto loco.

—¡Calma!—le dije con cariño.—Puesto que se trata de una mujer, ¿quién es ella?

Mi amigo pareció serenarse un poco. Y su semblante, fiel espejo en él de sus sentimientos, pasó rápidamente de la cólera a la mansedumbre. Creyérase entonces su rostro un rostro en éxtasis.

—¿Conoces a Delfina?—me preguntó con ansiedad.

—¿Qué Delfina?

—Delfina Dulcecor.

—¿La poetisa?

—Esa

—He oído hablar de ella.

—Pero ¿no la conoces?

—No.

—Si no la has visto, si no la has hablado, si no la has amado, jamás podrás comprenderme.

—Muchas gracias,—le repuse riendo.—Habla. no obstante, y ya veremos.

Andando, andando, hubimos de llegar a uno de los barrios viejos de la corte, donde al lado de una humilde casa de vecindad, suele alzarse un soberbio palacio solariego.

—Aquí vivía,—dijo el poeta, deteniéndose ante un caserón destartalado.—Aquí la conocí y amé. Un piso cuarto, amueblado con modestia. En las paredes, estampas, cuadros de labores de colegio, viejos retratos de familia. Por las habitaciones, muebles deslustrados, baratos, sillas de enea, butacas de percal rameado, mesas de pino. Pero ¡tan limpio todo! ¡Y un perfume! Estaba yo allí como en la gloria.

A los ojos de Reental se asomaron dos lágrimas.

Suspiró y continuó como quien refiere un sueño.

—Por todas partes había flores. Delfina no podía pasar sin ellas. Su ventana, particularmente aquella ventana que caía al jardín del palacio inmediato; jardín a la antigua, con árboles que suben hasta las tejas, y que daban fresca sombra a la ventana de Delfina; aquella ventana era un poema de aromas, de colores y de cantos. Nunca faltaba allí música de pajarillos. ¡Cuántas noches me he embelesado en aquel sitio, juntos los dos, casi respirando yo su aliento, escuchando los ruidos, contemplando la argentada y silenciosa marcha de la luna por el cielo, adorándola a ella, a la niña divina, como un cristiano adora a la Virgen!

Recental acababa de proferir una blasfemia. Pero, para los poetas y los amantes, no hay más religión que su arte y su dama. Hay que perdonarlos.

Le dejé proseguir, sin replicarle.

—Te compadezco.—me dijo,—porque no has oído á Delfina recitar sus versos. Sus poesías no remedaban ninguna escuela. Eran ella misma. Eran pedacitos de su corazón, girones de su alma, suspiros de su pecho, besos de su boca. Cuando de pie, veladas las pupilas de ternura, acompañando con sus manos de nieve las cadencias rítmicas, cantaba, más que recitaba, aquellas íntimas confesiones de su espíritu, yo, fuera de mí, arrebatado á superiores regiones, postrábase de rodillas, y besaba el borde de su vestido.

—Te idolatro, le decía desfalleciendo de placer. «Tuyo, seré tuyo toda la vida.» Ella me miraba con inefable dulzura y me alzaba del suelo. Luego, movía la cabeza tristemente, murmurando: «Eres un loco. Ya te he dicho que no puedo ser de nadie. Mi amor no es de este mundo. He de permanecer siempre soltera.»

Aquí tornó el poeta á su anterior cólera.

—Y la ingrata,—exclamó,—cuando no han pasado de esto tres años, ¿sabes lo que ha hecho?

—Veamos.

—¿Se ha casado!

—¡Hola! ¡Fíate de niñas ideales.

—Y no es eso lo peor.

—¿Hay más?

—¡Se ha casado... con un tabernero!

—No creo que un tabernero no sea tan hombre como otro cualquiera.

—Y no es eso lo más malo.

—¿Qué me dices?

—Mi sílfide, mi hurí, mi musa, la del talle de junco... se ha puesto gorda.

—¡Vaya una desgracia! ¿Cuando las buenas carnes en una mujer fueron obstáculo?

—Matan todo ideal.

—Pues ¿para qué quieres tú las mujeres?

—Para adorarlas.

—¿Nada más?

—¡Ah! No me preguntes... Gloria, fortuna, dicha, amistad... Todo se me ha frustrado. El amor era mi ilusión última. La transformación de Delfina concluye conmigo... Voy á tirarme por el Viaducto.

Quiso huir, pero le detuve «por si acaso». De los enamorados y de los poetas, puede esperarse cualquier atrocidad.

—¿Y dónde está la perjura?—le dije.

—En su taberna!

—¿Quién te ha llevado allá?

—Su propio padre, D. Alvaro, antiguo capitán retirado. El hombre más rígido, más severo y más heroico que se ha conocido. Pero, ya ves... él también... ¡oh! Ya no hay caracteres.

—¿Sabes lo que he pensado?

—¿Ahorcarme? ¡Vamos! ¡Aseñame, por favor!

—He pensado que vayamos á verla.

—¿A quién?

—A esa ingrata cuanto hermosa tabernera.

Se desasíó de mí de un tirón.

—¡Imposible!—gritó.—Si tú deseas ir...

—¡Sí lo deseo!

Me dió las señas y salió escapado. No pude esta vez retenerle.

La taberna de Delfina se situaba en uno de los barrios nuevos.

Recién abierta, con el barniz fresco en puertas y escaparates, era la alegría de la calle, toda recta, con casas pintadas, con hileras de arbolillos en una y otra acera.

Había en la puerta un corro de hombres. El interior se sentía lleno de gente. Sonaban voces de canto y arpegios de guitarra. Salía de allí una atracción invencible.

Entré y quedé deslumbrado.

¡No había visto jamás mujer más hermosa, ni más risueña, ni más adecuada á su puesto!



Tras del mostrador, con su cara que era un manojo de rosas sobre las que brillaran dos luceros negros; con sus brazos remangados, hechos á torno, cubiertos de una piel, á trechos abermellonada por el tragin, á trechos blanquísima como la leche; con su madeja de pelo, digo, de pluma de cuervo, enroscada en la redonda y erguida cabeza; con su seno arqueado como vientre de ánfora... con... con... ¿para qué describir lo indescriptible? Delfina iba y venía, zambullendo en el agua y fregoteando vasos, y dándolos llenos de vino.

Largo rato estuve mirándola embelesado.

A su lado, ayudándola, se veía á su esposo: un hombrón sano, coloradote, amabilísimo.

Se le conocía que estaba orgulloso de su mujer. A cada momento se llamaban:

—Delfina.

—Vicente.

Y sonreían uno y otro sin decirse nada, satisfechos de aquella vida, burlándose tácitamente de todo lo que no fuera aquello.

Pedí unas copas, que fui bebiendo á sorbos, sin dejar de observar á Delfina.

Yo ya conocía la historia de aquella mujer. ¡Ni rastro! Los libros habían sido sustituidos en los anaqueles por múltiples líneas de botellas en cuyos lomos se leían cosas más sustanciosas que versos.

—Decididamente, —me dije, —Delfina no había nacido para poetisa, sino para tabernera... ¡Pobre Recental! ¡Por qué no tomar las mujeres como son ó como ellas quieren ser!

Yo, de mí, sé decir que he vuelto á ver á Delfina muchos días.

Y siempre, cuando abandono su taberna, aunque su vino no es para subirse á la cabeza, salgo borracho.

Borracho de su reguapísima persona.

Y compadeciendo á Recental, y envidiando á Vicente, exclamo en un hondísimo suspiro:

—¡Quién fuera el tabernero!

Aunque con este deseco signifique la derrota del ideal de mi amigo el poeta.

JOSÉ DE SILES

BELLAS ARTES



TEMPESTA DE OTOÑO, por Mac Lachlan.

PÁGINAS HISTÓRICAS DEL SIGLO XIX

INCENDIO DE COLUMBIA POR LOS SUDISTAS

Famosa es en la historia militar la extraordinaria *marcha* de Sherman, general del Norte, desde Atlanta á Savannah (Georgia), en el golfo de Méjico. Iniciada el día 15 de noviembre de 1864, después de pegar fuego á la ciudad, prosiguió pujante y devastadora, recorriendo Sherman en 15 días un trayecto de 680 kilómetros, á través de grandes ríos; de peligrosas sábanas y abruptas montañas.

Defendíanse los sudistas como indómitos leones, y obligado el inteligentísimo Beauregard á aban-

donar á Columbia, capital de la Carolina del Sur, entrególa á las llamas antes que el vencedor pudiese capturarla.

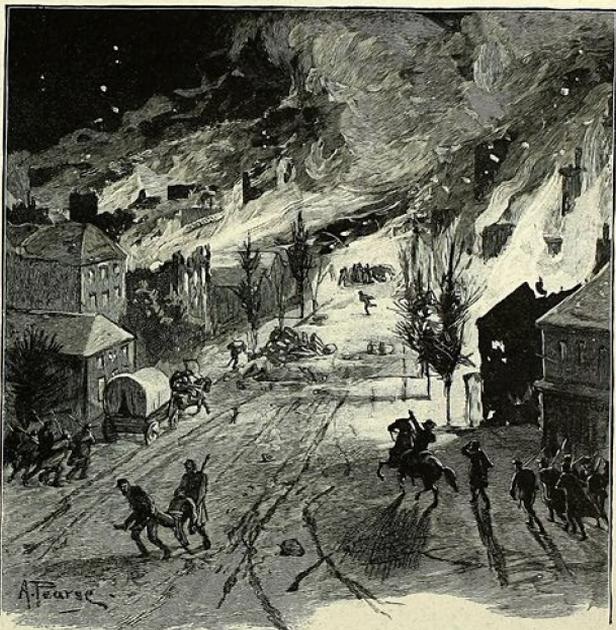
No era posible resistir por más tiempo; la presencia de Sherman en Savannah motivó la evacuación de Charleston, y consiguiéntemente la rendición de Richmond. Tuviron los federales en esta célebre marcha 1.581 bajas y los sudistas 2.300.

El ejército de Sherman se componía de 52,800 infantes y 7,200 caballos, tropas es cogidas todas ellas.

Mucho les costó, como se vé, á los federales, (nombre de los ejércitos del Norte) acabar con la insurrección separatista, pues

la guerra comenzó en 1861, prolongándose así por espacio de más de cinco años. En un principio, todo eran reverses para los generales puestos al frente de las tropas destinadas á sofocar la *rebelión*, llegando las cosas al extremo más comprometido durante el mando de Mac Clellan, pero la campaña cambió de aspecto cuando se acordó nombrar general en jefe al célebre Ulises S. Grant. Este no quiso aventurar nada hasta que contó con inmensos elementos de combate, y por primera vez pudieron los sudistas considerar problemático su triunfo.

Sin embargo, aun teniendo enfrente tan poderoso adversario continuaron los *confederados* en sus magníficos *raids*, invadiendo los Estados del Norte para procurarse víveres, municiones y vestuario. En esta parte brillaba en primera línea el famoso Jackson, vulgo *Stonewall* (muro de piedra), que de maestro de escuela se convirtió en admirable general de caballería, bajo la jefatura suprema de



INCENDIO DE COLUMBIA POR LOS SUDISTAS

aquel insigne táctico llamado Lee, reconocido como uno de los primeros genios militares del siglo XIX. Desde entonces acá no puede decirse que haya desaparecido la enemistad entre el Norte y el Sur; con todo, ha habido que disimular la aversión en aras del interés común, pero quizá en lo porvenir vuelva á resurgir la contienda en otra forma. Lo que constituye actualmente en el Sur un problema que puede convertirse en amenazador es el grande incremento que va alcanzando allí la raza negra, despreciadísima por los del Norte, cuanto odiada por los del Sur. Todo parece favorecer actualmente el desenvolvimiento de los Estados Unidos, pero no hay nada eterno en este mundo, y el que viva podrá tal vez ver muchas cosas.

CARGA DE CABALLERÍA CARLISTA EN PUENTE LA REINA

El viaje de D. Alfonso XIII á los pueblos de Navarra donde tuvo sus principales focos la causa carlista en la guerra última, ha hecho recordar las terribles escenas allí desarrolladas en dicha porfiada contienda. Hállase situado Puente la Reina en el mismo corazón de Navarra, cerca de la orilla izquierda del Arga, en terreno montañoso, y al Este, y no muy lejos de Estella.

Siempre había sido la toma de esta ciudad el objetivo de los gobiernos liberales, y por dos veces



CARGA DE CABALLERÍA CARLISTA EN PUENTE LA REINA, cuadro de J. Cusachs

hubo de intentarlo el general Moriones, siendo en ambas ocasiones rechazado, y ocurriendo en la primera de ellas el combate tan briosamente representado por el pintor Sr. Cusachs. Sabido es que en 1874 costó el mismo empeño la vida al valeroso D. Manuel de la Concha, general en jefe del ejército liberal. Las tropas del gobierno debieron emprender la retirada, que dirigió el entonces mariscal de campo D. Arsenio Martínez de Campos. Y no se comprende á la verdad como los carlistas no supieron aprovecharse de aquel terrible desastre, pues á juicio de muchos no les hubiera sido difícil caer sobre Madrid, ya que en todo el camino no había fuerzas bastantes para oponerles resistencia.

El fracaso de la toma de Estella, á cuya vista habían llegado ya las tropas de Concha, no hizo perder, sin embargo, la confianza del país no precisamente en el triunfo del gobierno, sino en la imposibilidad de que ganaran los carlistas.

Proclamado rey D. Alfonso XII y trasladado este al teatro de la guerra, tratóse de nuevo de tomar á Estella, pero la derrota de Lácar echó á rodar, por el pronto tales propósitos, habiendo el joven rey estado á punto de caer prisionero. Por fin, acumuladas grandes fuerzas, volvióse á intentar dicha toma, en ocasión en que era ya evidente la disminución de la pujanza del carlismo. La división mandada por el general Primo de Rivera comenzó por apoderarse de Montejurra, y no tardó en caer la codiciada plaza.

Con el
los señores
res el ou
album J

B
Hasta
siguiente
El ase
Carlos B
Magd
L. Jacoll
El teser
venson.
El cri
por L. Ja
Orso, p
El Hijo
Los id
nio Hous
La nec
llo Perrin
Una or
ny.
Los cab
rique Syc
El secr
lot.
Solos, p
La Sala
Para pe
nstración
za de Tet

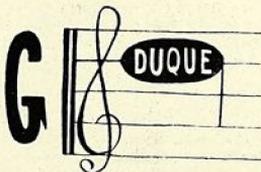
Vamos,
tienes cal
emplea p
del doctor



RESERV

PEPITORIA

JEROGLIFICO, por Novejarque



Las soluciones en el próximo número

LOS YANKEES EN FILIPINAS

EL TORMENTO DEL AGUA

A título de curiosidad, entresacamos de una carta un curioso párrafo que habla del régimen ejemplar, edificante y humanitario que se observa en los presidios de Manila.

Hagamos ahora la descripción del tormento del agua.

Consiste la aplicación del tormento del agua, en colocar al que van á atormentar de pie y con la espalda pegada á una pared, en la cual se le amarran fuertemente las piernas, brazos y cuello, así que al desgraciado solo le queda un pequenísimos movimiento de cabeza.

Colocado en esta forma, un verdugo de los que por aquí tenemos, empuña una manga, parecida á las que se usan para el riego de las

calles, y le aplica el pitón á la cara; el chorro de agua sale, y el desgraciado martirizado, al sentir el agua, lanza algunos gemidos y mueve desesperadamente la cabeza, queriendo huir, sin lograrlo, del chorro de agua que lo asfixia; sus ojos se ponen rojos é hinchados, como si fueran á reventar, y todos sus músculos se contraen, haciendo contorsiones horripilantes que harían estremecer de horror á uno de los más feroces canibales.

Cuando ven que la cabeza del martirizado cae sobre el pecho, paran el tormento, que, según se me enteró, no puede prolongarse por más de diez minutos, sin que quede el que lo recibe completamente asfixiado. Y como complemento á todo lo relatado, los palos, bofetadas, puntapiés, "palabras indecentes y ofensivas están á la orden del día en este presidio.

..

A la luz del arrebol me decia D. Vicente:—No hay magnesia efervescente superior al San-Imol.

SOLUCION

1 los pasatiempos del número anterior

Acertio.—

METALÚRGICO

Máxima.—

Cuando pases por el país de los tuertos, cierra un ojo.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

F. P. S.—Madrid.—Ruego á usted me indique las señas de su domicilio, que no recuerdo.

B. H. M.—Valencia.—Ruego envíe de nuevo la poesía, pues se habrá traspapelado. El cliché, como ya le dije, lo tenemos.

J. J. Z.—Aceptados los sonetos, que irán... cuando posean.

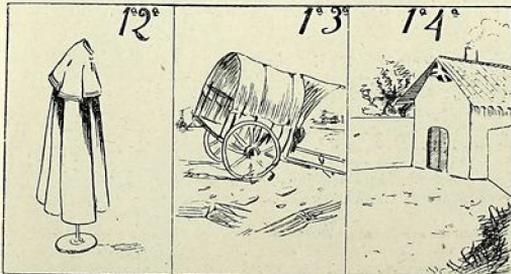
L. V. L.—Valencia.—Bonitos cuentos.

A. P.—Barcelona.—¿Cuanto tardan en ser insertadas las composiciones admitidas? ¡Ay amigo mío! La mar, la mar de tiempo! Casi tanto como tarda en resolverse un expediente pidiendo al gobierno la devolución de una cantidad interdicionalmente pagada. En cuanto á su poesía *Un loco sabio* es de todo punto impubli-cable.

A. M.—Árcvalo.—Hará lo posible por complacerle, á pesar del horrorosísimo exceso de original que tenemos.

M. O.—Madrid.—Tampoco sirve el cuento que ha enviado después del anterior.

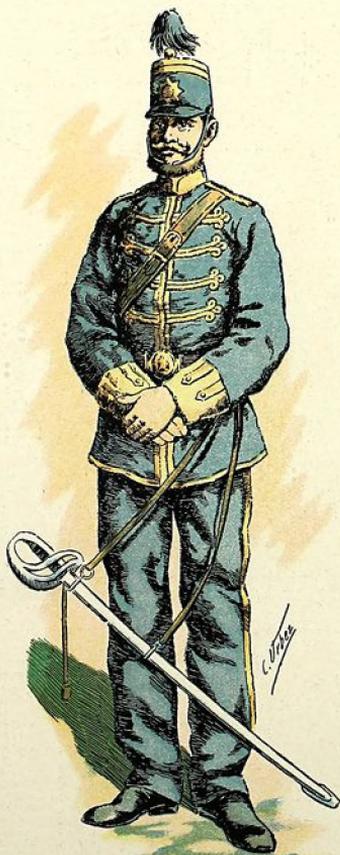
CHARADA, por Novejarque



RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL "LA IBERICA". PLAZA DE TETUÁN, 50.-BARCELONA

SUECIA Y NORUEGA



CABALLERÍA: HÚSAR